Jesus es el *camino, la verdad y la vida* (1). Solo en sus ejemplos encontrarás el camino que debes seguir, la verdad que debes escuchar, y los medios de conservar la vida de tu alma.

En cualesquiera circunstancias en que te halles, examina qué fué lo que dijo ó hizo Jesus en aquel caso, y conformándote con aquel perfecto modelo que te propone en sus palabras y en sus acciones.

Pues que sabes cuáles fueron sus inclinaciones, sus deseos y sentimientos, examina cuáles son los tuyos; compáralos unos con otros, y reforma lo que sea necesario; teniendo siempre presente que esta reforma que debe producir la semejanza con Jesus, no es negocio de un solo dia.

El modelo que te propones imitar es tan perfecto, que jamas se podrá copiar como es en sí; pero debes emplear todos los dias de tu vida en imitar algunos rasgos del original.

Pero como para conseguir esta dicha es indispensable la gracia de Jesus, será tambien preciso que no dejes pasar ningun dia sin implorar este auxilio.

---

(1) Joan XIV, 6.

CAPITULO XXVI.

De la dicha de una familia virtuosa.

Seria un espectáculo bien digno de atraer las atenciones del cielo, el de aquella santa familia que habitaba en Nazareth, cuando vivia allí Jesus con María y José.

¡Qué union y qué paz no reinaria en aquella casa, siendo como era, la morada de las virtudes, y habiendo sido desterrado de ella el desórden de las pasiones!

Miéntras que Jesus crecia en edad y en sabiduría á los ojos de Dios y de los hombres, tenia María puestos los ojos continuamente en él para formarse sobre este precioso modelo.

José no estaba ménos solícito en aprovecharse de los ejemplos de la Madre y del Hijo.

Todo entre ellos se dirigia á Dios; todo se hacia allí por Dios La presencia sola de Jesus llenaba los corazones de alegría, y los encendia en su amor con sus santas conversaciones.

La sumision y obediencia de Jesus, arrebatando de admiracion á José y María, les inspiraba un santo anonadamiento delante de Dios.

¡Oh Dios de santidad! allí sí que érais realmente adorado en espíritu y en verdad! ¡Qué agradables no os serian los homenajes que recibíais de aquellos humildes corazones!

No se puede pintar la imágen de esta dichosa familia sin envidiarla. ¡Ojalá que todas las familias cristianas se formasen en esta escuela tan escelente!

¡Ah! si el amor de Dios reinase entre ellas, así como reinaba bajo el humilde techo que cubria á Jesus, María y José; entónces sí que se veria al mismo tiempo reinar entre ellas el órden, la paz y la buena correspondencia.

El esposo y la esposa gustarian las dulzuras inocentes de la union conyugal. Los hijos serian educados en el santo temor de Dios, y los domésticos no recibirian sino ejemplos de virtud.

No se conocerian aquellos tristes efectos que acostumbran producir los celos y las disensiones; y no se verian estos escándalos

tan frecuentes que se advierten en nuestro dias.

Léjos de hacer servir la prosperidad á un fausto soberbio y ruinoso, esperimentarian los pobres sus dulces y abundantes efectos. Se la santificaria, así rindiendo á Dios por ella las gracias que le son debidas, como por medio de una moderacion cristiana.

Una prudente economía seria el tesoro mas rico que se poseyese, y se conoceria entónces su valor. Los ahorros vergonzosos de la avaricia, no serian ménos desterrados que las profusiones del lujo.

La adversidad no escitaria quejas ni murmuraciones contra la Providencia. Se bendeciria á Dios del mismo modo en la pobreza ó en la mediocridad, que en la abundancia y en la elevacion.

La cabeza de la familia ejerceria su autoridad sin imperio y sin altanería. La esposa, siguiendo las intenciones del esposo, velaria con cuidado sobre sus domésticos; y el uno y el otro tendrian el consuelo de ver crecer delante de sus ojos á unos hijos dóciles, que recibirian desde sus mas tiernos años las impresiones de la virtud.

¡Qué bien no resultaria entónces á la so-

ciedad cristiana! ¡qué simplicidad de costumbres tan amable! ¡qué candor y qué inocencia! ¡qué union y qué caridad! ¡qué edificacion, y qué frutos tan maravillosos de santidad!

¡En qué tranquilidad no se pasarian entónces los dias! Y cuando fuere necesario pagar el tributo indispensable á la muerte, se haria tanto mas voluntariamente el sacrificio de la vida, cuanto se tendria la satisfaccion de haber vivido, segun la justicia, y en el amor de su Dios.

CAPITULO XXVII.

De la eficacia de la oracion.

En la celebridad de las bodas de Caná, á que asistió María con Jesus y sus discípulos, llegó á faltar el vino. Conociendo María el sonrojo y la confusion que iban á padecer los novios pon esta falta, llena de confianza en el poder de su Hijo, le hace presente la necesidad.

Dios ha ligado siempre sus gracias á la oracion; y pronto siempre á repartirlas, nos

convida á que le pidamos, pero quiere que sea con confianza.

El defecto de esta confianza es ordinariamente la señal de una fe enferma, y esta es la causa de tantas súplicas estériles y sin ningun fruto.

Para ofrecerle el tributo de nuestros labios, no es necesario buscar momentos favorables. Dios está siempre dispuesto á escucharnos, y nos dice continuamente: *Pedid, y recibiréis. Aquel que pide, recibe.*

Siendo como somos, siervos de un Dios tan bueno, que á ninguno desecha ni despide, y que es bastante poderoso para enriquecer á cuantos se lleguen á él, ¿cómo es que somos nosotros tan poco solícitos en pedirle sus gracias, ó para nosotros mismos, ó para los otros, á ejemplo de María?

La oracion de María fué corta; porque Dios, bien al contrario de los hombres, no exige de nosotros discursos pulidos, estudiados ni meditados largo tiempo. Para tratar con él no es necesario usar de pensamientos delicados ni elocuentes.

Una súplica hecha con candor y sencillez, en la cual nos limitamos á pedir á Dios lo que sabemos que es de su gloria y de nues-

tra santificacion, ó que á lo ménos no tiene ninguna cosa que sea contraria ni á la una ni á la otra, es ciertamente la que le agrada y le hace propicio.

Las palabras de los labios no son las que obtienen sus favores, sino los sentimientos del corazon.

Algunos suspiros del corazon de la madre de Samuel le obtuvieron no solamente un hijo que pedia, sino al mismo tiempo un profeta y un juez de Israel. *Ana rogaba dentro de su corazon* (1).

Jesus respondió á María de una manera que, al parecer, no le daba ninguna esperanza; pero no por esto dejó de pedir ni de esperar, y al fin obtuvo lo que deseaba.

Es muy raro que el que pide con perseverancia no consiga lo que desea. La importunidad desagrada á los hombres y los fatiga; pero no sucede así con Dios: es necesario no dejar de pedirle, pues que este Señor jamas deja de escucharnos.

Algunas veces, por fervorosa que sea tu oracion, te parecerá que te dice Dios como á María: que *aun no ha llegado la hora* (2);

(1) I Reg. I, 13.—(2) Joan II, 4.

pero si tu confianza es siempre firme, esta hora llegará.

El que presume prefijar á Dios cierto tiempo para que le conceda lo que le pide, se hace indigno de su bundad.

Es verdad que muchas veces, no obstante que pedimos á Dios con reiteradas instancias, no nos concede lo que le pedimos; pero entónces nos suele otorgar otra cosa, que es aun mas necesaria que la que se le pedia.

San Pablo pidió á Dios que le librase de una tentacion, y no se lo concedió; pero porque le pidió y rogó, le dispensó otra gracia, con cuyo auxilio consiguió grandes méritos; y de este modo no le quedó duda al apóstol de que Dios le habia escuchado en su oracion.

Hace muchos años, pongo por ejemplo, que estás pidiendo á Dios que te libre de una enfermedad corporal que padeces, y sin embargo, siempre estás enfermo; pero la gran paciencia con que la sufres es el fruto de tu oracion, y por lo mismo debes estar seguro de que Dios te oyó.

Aquello que muchas veces pedimos á Dios porque nos parece un bien, seria para nosotros un gran mal si se nos concediese, y por

esta razon nos lo rehusa Dios por el mucho amor que nos tiene.

Es necesatio hacer mucho mas caso de aquellas gracias que se dirigen á nuestra salud y santificacion, que de las gracias temporales. Estas las concede Dios á sus mayores enemigos, y aquellas las tiene reservadas para sus escogidos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo la virtud no es incompatible con la buena crianza.

La caridad fué el único motivo que obligó á María, igualmente que á su Hijo, á asistir á la celebridad de las bodas de Caná.

Hubiera sido de mas satisfaccion para María el quedarse en su casa de Nazareth, y gustar allí tranquilamente de las dulzuras de la contemplacion; pero no quiso contristar á los novios que la habian convidado.

La virtud no es incompatible con la buena crianza; ántes bien, por el contrario, quiere que se observe todo lo que ésta pide, y aun es la única que puede hacer el que se practique santamente.

Pero para imitar en todo á María, es necesario figurarte el modo con que se portó en aquella ocasion. ¡Qué discrecion en sus palabras! ¡qué modestia en sus miradas!

La sabiduría de su conducta puede servir de regla á la decencia y cautela que se ha de guardar aun en medio de los placeres mas honestos é inocentes.

Es preciso hacer una grande diferencia entre las leyes de la sociedad y las del mundo. La virtud no conoce á éstas sino para combatirlas; pero observa las otras cuanto puede, porque en nada son contrarias á la ley de Dios.

Negarse indistintamente á toda diversion y recreo, seria hacer un agravio á la piedad, y aun acreditar aquella falsa preocupacion de que la virtud hace á los hombres salvajes.

No; la verdadera piedad á ninguno hace salvaje: cualquiera puede muy bien conformarse con las leyes de la urbanidad, sin dejar de ser piadoso.

La verdadera piedad, así por el fin que se propone, como por el motivo que la hace obrar, sabe ennoblecer aun las acciones que son mas indiferentes en sí mismas.

Lo que sí es necesario, es, no entregarse

demasiado á las diversiones, por inocentes que sean, sino cuidar siempre de sí mismo.

Para no incurrir en una gran disipacion en aquellas diversiones á que nos obliga á asistir la buona crianza, será muy conveniente traer á la memoria de cuando en cuando la presencia de Dios.

Gobernaos siempre con la misma modestia y compostura que tendríais si Jesus y María estuviesen presentes.

Manifestad, á ejemplo del ángel de Tobías, que tomais parte en las alegrías de los demas, siempre y cuando no se haga ninguna cosa que ofenda á la piedad; pero al mismo tiempo es necesario tomar un *alimento invisible* (1), que llene á vuestra alma de delicias.

Dirigid vuestros pensamientos al cielo, y pensad siempre en aquellos pleceres inefables de que gozan los santos; placeres con los cuales se les recompensa la indiferencia con que miraron los de la tierra.

Levantad vuestro espíritu y vuestro coracon al Señor, protestándole que todas las alegrías del mundo no serán jamas bastantes

(1) Tob. XII, 19.

para haceros olvidar los puros placeres que se gustan en su servicio.

Decidle que con el socorro de su gracia sacrificaréis voluntariamente todo cuanto os pueda ser mas agradable en esta vida por un solo grado de aumento en su amor.

CAPITULO XXIX.

Cuán dulce cosa es oir la voz de Jesus, y de la eficacia con que una alma debe escuchar sus instrucciones.

Despues de haber disfrutado María de la presencia de Jesus y de la dulzura de sus conversaciones, por espacio de los treinta años que permaneció con él en Nazareth, parecia que ninguna otra cosa mas tenia que hacer que repasar en el silencio de su retiro aquellas lecciones divinas que habia recibido de él, sin que fuese necesario seguirle á los diferentes lugares á donde fué durante su vida evangélica.

Sin embargo, San Juan nos dice, que *permaneció algunos dias en Cafarnaum* (1) pa-

(1) Joan. II, 12.

ra aprovecharse sin duda de sus instrucciones.

Los demas Evangelistas nos manifiestan tambien que en otra ocasion, no pudiendo acercarse á Jesus *á causa de la multitud que le rodeaba* (1), deseosa de oir su doctrina, se valió del pretesto de que *queria verle y hablarle.*

Ninguno otro conocia mejor que esta Santa Madre el precio de sus divinas lecciones, ni gustaba mas de las delicias de su conversacion.

Y en efecto ¿qué cosa mas dulce para quien sabe distinguir la voz de Jesus, que oir las palabras de vida que salen de su boca?

Una alma que ha comenzado á gustar de Jesus, no puede vivir sin él. En mil ocasiones ha oido ya su voz, y mil veces mas desea volverla á oir.

Todo lugar le desagrada si no encuentra allí á su amado; toda voz le cansa y la molesta, si no es él el que le habla.

¡Oh, y cuán molestos le parecen los discursos de los hombres! Ve que no se ocupan

(I) Matth, XII, 46. Marc. III, 31. Luc. VIII, 20.

sino *de cosas vanas* (1): y solo las palabras de Jesus son para esta alma *palabras de espíritu y de vida* (2).

Desde el mismo instante en que comienza á oir su voz, destierra todos los demas pensamientos para aplicar toda su atencion á este lenguaje divino, que le agrada mucho mas que cuanto puede oir de maravilloso sobre la tierra.

No hay ninguna cosa que oiga con mas alegría, que retenga con mas fidelidad, ni que medite con mas aplicacion; porque nada hay que fructifique en ella con mas abundancia.

Si se queda dormida, despierta, como la Esposa de los Cantares, al menor ruido de la voz de su Esposo. ¡Ah! dice aquella Esposa querida: *Mi Esposo viene; la voz de mi amado ha llegado á mis oidos* (3). Sí, Jesus es el que me habla, no hay duda: no puede equivocar su voz el que le ama.

El mundo, la vanidad y sus placeres, usan de un lenguaje diferente, que no se oye sino con disgusto, y no se conoce sino para tenerle horror.

(1) Ps. CXVIII, 85.-(2) Joan. VI, 64.-(3) Cant. II, 18.

Los ojos de la Magdalena no reconocieron á Jesus despues que resucitó; pero apenas le oyó hablar, cuando conoció dentro de su corazon que Jesus era el que le hablaba.

¡Oh Jesus! ¡oh Salvador mio! apartad de mí toda voz estraña, que no sirve sino para distraerme de vuestra divina palabra. No quiero escuchar otra voz que la vuestra.

Vanos entretenimientos, objetos frívolos, que tantas veces me habeis servido de impedimento para oir la voz de Jesus! yo no os conozco mas, dejadme á solas con él.

Solo por tener la dicha de oiros, *os seguiré, Divino Maestro, á cualquiera parte á donde fuéreis* (1). Si no escucho vuestra voz en Nazareth, la iré á oir á Cafarnaum ó á Jerusalen.

En cualquiera parte en que yo esté, allí puedo gozar de esta dicha. Hablad, Señor, hablad sin cesar á mi alma (2), *que yo escucharé con el mayor cuidado lo que el Señor me diga en el fondo de mi corazon.*

Dichoso aquel á quien os dignais instruir en la ciencia de vuestra ley (3), pues que él

(1) Matth. VIII, 19.—(2) Ps. LXXXIV, 8.—(3) Ps. XCIII, 12.

encontrará con qué suavizar sus penas en el tiempo de la afliccion.

Vuestros ministros me hablan muchas veces de parte vuestra; y muchos libros, que leo con placer, me hablan tambien de vos; pero si vuestra voz no se hace entender al mismo tiempo, ¿qué impresion hará todo lo demas en mi corazon?

Todo lo que me dicen, no hay duda que es bastante para moverme; pero si vuestra gracia no se junta á sus palabras, ni la verdad se grabará en mi entendimiento, ni quedará movido mi corazon.

Hacedme, pues, *oir vuestra voz* (1) ¡oh celestial Esposo de mi alma! para que yo os haga oir la mia; hablad á mi corazon, para que el mio hable al vuestro.

Mas me enseña vuestra voz en un momento, que cuanto se puede aprender en muchos años en la escuela de los sabios del siglo.

Vuestra divina voz ha sido la que, despues de haber instruido á muchos, que parecian simples á los ojos del mundo, les enseñó á hablar de un modo admirable de vuestro divino amor, y de la manera mas sublime de vuestros mas grandes misterios.

(1) Cant. II, 14.

CAPITULO XXX.

Que no se ha de buscar la gloria de este mundo, ni la estimacion de los hombres.

SIERVO. Vos ¡oh Madre dichosa! os complacíais sin duda al ver el honor que se hacia á vuestro Hijo en el tiempo de su predicacion; pero únicamente por él, y en ninguna manera por vos misma.

Jamas se vió que os valiéseis para ninguna cosa de la circunstancia de haberos Dios elegido para dar al mundo aquel que, por el resplandor de sus maravillas, y sublimidad de su doctrina, escitaba la admiracion de los pueblos.

Bien diferente de las demas madres que se congratulan abiertamente por el mérito de sus hijos, y quieren participar con ellos de su gloria, si vos seguíais á Jesus á diversos lugares, era solamente para recibir sus instrucciones y alimentar con ellas vuestra alma, y no para recoger la gloria que pudieran hacer recaer sobre vos las bendiciones y alabanzas que se le daban.

Conservásteis siempre la humildad de vuestros sentimientos, aun en aquellas ocasiones mas propias para seducir el corazon humano.

De este modo condenábais el afan con que se busca la gloria de este mundo, y el amor y la estimacion de los hombres: infeliz veneno que infesta todas nuestras obras.

MARÍA. Es verdad, hijo mio, que mediante la gracia del Señor, me preservé siempre de todo aquello que llamas con razon un veneno infeliz.

Solo á Dios pertenece la gloria. ¿De qué puede gloriarse una criatura, cuando nada tiene que no sea por Dios?

El Señor me habia ya distinguido bastante escogiéndome por Madre del Mesías. ¿Pues á qué fin hubiera buscado yo las distinciones del mundo?

Quien no busca sino á Dios, no ve ninguna cosa grande ni maravillosa sino en Dios. Los vanos honores de este mundo, y todo lo que estiman mas los hombres, no son sino unos objetos frívolos, y de ningun momento delante de su vista.

Consulta, hijo mio, á la fe que profesas; consulta al mismo tiempo á la razon, y no desearás tanto los honores ni las alabanzas.

Variando entónces de objeto tu ambicion, desearás únicamente la gloria que tiene Dios reservada para sus escogidos.

Si los hombres te olvidan y te miran como á una persona con quien no se puede contar, no te entristezcas por esto, ántes bien regocíjate, porque no hay camino que conduzca con mas seguridad al ensalzamiento de una alma en el cielo, que el de la humillacion que se padece con un verdadero espíritu de religion.

Deja, pues, á los partidarios del mundo todos estos títulos y vanas distinciones de que hacen tanto caso, y reserva para tí una gloria mas sólida y verdadera.

Pide frecuentemente á Dios, á ejemplo de David, *que no te deje poner los ojos sobre la vanidad* (1) de las cosas de la tierra.

¡Cuántos no se han perdido, por su desgracia, por haber mirado al mundo como á su ídolo. No aumentes el número de los insensatos que aun le tributan diariamente adoraciones.

(1) Ps. CXVIII, 37.

SIERVO. Yo me aprovecharé ¡oh Vírgen Santa! de vuestro ejemplo y de vuestras lecciones. No quiero ni deseo otra gloria que la que es consiguiente á la imitacion de vuestras virtudes.

Pero como mi corazon es flaco y fácil en volverse atras, imploro ¡oh Vírgen poderosa! vuestra asistencia. Alcanzadme, pues, aquella firmeza de alma de que necesito para elevarme sobre el desprecio del mundo y sus pérfidas caricias.

CAPITULO XXXI.

De la necesidad que tenemos de sufrir al prójimo con espíritu de caridad y dulzura.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, que escedeis en dulzura á todas las puras criaturas! Vos me enseñais bien por la conducta que observásteis con tantos ingratos á quienes enseñaba Jesus su doctrina celestial, y en cuyo favor obraba los mas grandes prodigios, cómo debo yo sufrir los defectos de mi prójimo.